

## Editorial

La importancia del docente como un agente de la transformación educativa, siempre ha sido un factor primordial inherente como una satisfacción a las necesidades básicas del aprendizaje en la sociedad.

En zonas particularmente pobres, o en contextos rurales donde predominan las poblaciones indígenas, las actitudes y el comportamiento de los docentes, han demostrado ser puntos estratégicos tanto en el desarrollo del proceso pedagógico como en los resultados que se logra con el mismo.

Es bien sabido, que la calidad de la educación, depende del grado en que se disponga de docentes competentes y motivados hacia la docencia. La docencia tendría que repensarse como una vocación, específicamente como una vocación de servicio y no como un encuentro de trabajo temporal limitado a exposiciones, sin acciones o estrategias de enseñanza-aprendizaje.

No cabe duda que la profesión educativa es una profesión *sui generis*. Por su misma naturaleza, es una profesión asistencial, donde la ayuda es el mejor servicio que se presta al educando, pues contribuye al mejoramiento y crecimiento personal. Si la ayuda es un elemento esencial en la actuación educativa, se podría destacar con el método que hace eficaz todo proceso educativo.

En la medida que la ayuda sitúa en el auténtico quehacer educativo, la "reflexión" (sobre ese quehacer) permite entender que la educación es básicamente una profesión asistencial: asistir, ayudar a quien lo necesita, enseñándole a buscar, encontrar y alcanzar la verdad; sin embargo este encuentro y logro, sólo lo puede realizar quien se enfrenta a la verdad, es decir, el educando (Costa, 2011).

Es importante señalar que el contar con antecedentes sobre las características personales y profesionales del docente, es un requisito para ponderar el presente y futuro de la docencia en el país.